

FÉIGUELE
y otras mujeres



Diseño: ZkySky
Diagramación: Silvana Caro

1° edición 1976
Ediciones de la Flor

2° edición 2002
Cecilia Absatz
ISBN N° 987-43-4786-4
Libro de Edición Argentina.

Hecho el depósito que prevé la ley 11.723.
Printed in the United States of America.

Ninguna parte de esta publicación, incluido el
diseño de la cubierta, puede ser reproducida,
almacenada o transmitida en manera alguna
ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico,
mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia,
sin permiso previo del editor.

This edition published by arrangement with
the Author through stockcero.com

For information address:
stockcero.com
Viamonte 1592 C1055ABD
Buenos Aires Argentina
54 11 4372 9322

stockcero@stockcero.com

Cecilia Absatz

FÉIGUELE
y otras mujeres

Stock
CERO

FÉIGUELE

1.

Me llamo Féiguele y soy muy gorda. Tengo catorce años, y aunque ustedes se rían, conozco bastante del dolor del mundo. Como la mayoría de la gente cuando tiene catorce años. Vengo de la escuela, y esas muecas que ustedes me pescaron haciendo son mis intentos –cada vez más logrados, por otra parte– de aprender a silbar. Mi hermano silba muy bien. Siempre silba “Susurrando” y yo para el cumpleaños le regalé ese disco por Les Paul y Mary Ford, que a él le gusta, porque lo cantan y lo tocan con setenta mil guitarras. Nora también sabe silbar, le enseñó el padre que está preso en Caseros. Yo creía que solamente los ladrones estaban presos, pero el padre de Nora me parece que es comunista. Yo no le pregunté nada a Nora, me hago como si entendiera todo. Sé que no es ladrón porque a Nora no le da vergüenza que el padre esté preso. Medio al contrario.

Cuando nos hicimos amigas con Nora (Nora es mi compañera de banco) ella me decía que me tenía miedo porque yo siempre hablaba sin equivocarme de las cosas más difíciles y porque discutía siempre con los profesores. Yo le confesé que en realidad yo tenía mucho miedo y que siempre hablaba muy fuerte para que la gente no tuviera tiempo de reírse de mí por lo gorda que soy. A lo mejor por eso ella no se rió. Fue la única que no se rió cuando la señorita Pagliamini me dijo eso.

Bueno, pero ustedes no saben nada, por qué trataba de hacerme la distraída y aprendiendo a silbar mientras volvía a casa, porque lo que estaba tratando era de no ponerme a llorar a gritos.

Porque siempre me pongo a llorar, por cualquier cosa.

¿Qué me dijo la señorita Pagliamini? Que era una gorda de mierda. Eso me dijo. Bueno, en realidad yo la puse nerviosa, porque la empecé a joder con esos problemas matemáticos del uno y del cero y no sé cómo fuimos a parar a los juicios objetivos y los juicios subjetivos.

Voy a tratar de contarlos prolijamente –en realidad no es muy importante–. Pero igual me dio una vergüenza terrible. –Ya me estoy distraiendo otra vez. La señorita Pagliamini es mi profesora de matemáticas. Una loca. Pero una loca de verdad, eh. Si vieran cómo viene vestida, se matarían de risa. A mí me divertía, igual que a todas las chicas.

Pero me da mucha bronca su ignorancia. La impunidad con que dice cualquier disparate, ya van a ver. Y siempre discuto con ella. No lo puedo remediar. Siempre estoy discutiendo con todo el mundo.

Hablábamos de los juicios.

–Los juicios, mis queridas niñas, se dividen en juicios objetivos y juicios subjetivos. ¿Está claro? La Matemática se basa exclusivamente en juicios objetivos.

Se darán cuenta a qué me refería antes.

–Si yo afirmo que las paralelas no se tocan más que en el infinito, estoy haciendo una afirmación objetiva. ¿Ahora me entendió, m’hijita? (Esto iba para mí). Es necesario que tengan esto claro si quieren aprender matemáticas.

Yo estaba de pie al final de todo –nos sentamos en el último banco con Nora para escuchar la radio, hacer crucigramas, esas cosas –y no daba por terminado el asunto. Ardía de indignación.

–¿Y cómo hace usted... –la señorita Pagliamini me miraba como atontada. Sentía tan fuerte la mirada de las chicas sobre mí que me encontré apoyada contra la pared del fondo, como aplastada por la incredulidad de toda la clase.

Nadie hacía preguntas en la hora de la señorita Pagliamini. Nadie siquiera prestaba atención, ni falta que hacía.

Que yo prestara atención y hasta me propusiera hacer preguntas no sólo no era necesario: era –como se verá– francamente inconveniente. –¿Y cómo hace usted –decía– para determinar cuándo un juicio deja de ser objetivo para pasar a ser subjetivo? Quiero decir, ¿hay algún criterio categórico que los separe?

–Bueno, m’hijita. Hay cosas que son objetivas sin discusión –el sombrero de plumas anaranjadas (sí, leyeron bien, de plumas anaranjadas) se le movía en una danza espástica, mientras ella recurría al abominable método de ejemplificar en lugar de conceptualizar–. Yo la veo a usted ahí parada, y no podría decir si usted es una buena o

mala persona. Eso sería un juicio subjetivo. Pero hay algo bien objetivo: que usted es terriblemente gorda.

Como les decía, la única que no se rió –además de mí, claro– fue Nora.

Sí, se mataron de risa. Pero a la hora siguiente hubo prueba escrita, y ahí son todas reamigas.

Esa es mi única popularidad en el colegio: la prueba escrita. Esa dura afrenta a las alumnas. Como cuando a uno lo agarra un coche. Como cuando a uno le salen granitos justo cuando tiene una fiesta. Un revés para todos los cálculos de probabilidades que uno hace para elegir qué día estudiar. Un revés sangriento y arbitrario.

Yo no estoy de ninguna manera exenta de estas catástrofes, pero a mí no me va tan mal. Siempre sé por lo menos algo –de puro escuchar y leer, no vayan a creer–. No recuerdo haber estudiado demasiado nunca; pero tengo buena memoria y también tengo lo que todos llaman Una Información General Desusada Para Mi Edad.

Y como todas saben que nunca me saco un uno, ni siquiera en prueba escrita, todas me piden que les sople. Y yo soplo. Pero hoy tenía tanta rabia de cómo se rieron que hubiera querido no soplarles nada y que se arreglen. Pero más que nada lo que me dio fue vergüenza, porque se iban a dar cuenta de que estaba ofendida porque se rieron. Así que les soplé igual. Y ahora voy a silbarles una bonita canción que lleva por título “Desde el alma”.

Mi vida es muy aburrida. Muy desdichada y muy aburrida. De lunes a viernes voy al colegio. Después del colegio hago los deberes. A veces apenas

me queda tiempo para ir a jugar con Luisito. Además ya me aburre un poco Luisito. Y el sábado y el domingo nunca tengo donde ir. El sábado todavía, total mañana es domingo. Pero el domingo, tanto esperar el fin de semana, y finalmente el domingo la paso peor. Todo parece estar desierto los domingos, todo parece recordarle a uno que está solo en el mundo. Pero mejor no empiezo ahora a hablar del domingo porque nos ponemos a llorar todos. En resumen, que cuando me quiero acordar, ya es lunes y todo es la misma mierda.

Ustedes dirán, ¿y ni una alegría? No señor. Ni una alegría. La que les estoy contando es una historia muy triste.

Me llamo Féigüele, eso ya les dije. Soy la cuarta y última hija de una familia que no conoce los métodos anticonceptivos.

Esta es una manera fina de decir que ni mi mamá ni mi papá nos prestaban la menor atención, en el sentido de querernos, digo, y yo supongo que eso pasa cuando los hijos le caen a uno como peduro de regalo. Yo estoy segura de que así le caímos los cuatro a mi mamá.

Mi papá no sé si se enteró en general de que le caímos.

Salvo con Gustavo, claro.

Clara es la mayor. Ella me cuidó y éramos bastante amigas antes, cuando yo era chica. Me llevaba al cine. Después se puso de novia y se casó. Quedamos nosotros tres: Gustavo, Raquel y yo. Raquel es como casi todas las hermanas del medio, la que no tiene ninguna aparición estelar, pobre. No es la mayor, ni la menor, ni la única mujer. Pero se las rebusca muy bien, ya se van a dar cuenta.

Y Gustavo y yo no sé cómo somos, pero tenemos mucho que ver.

Somos muy amigos. Nunca hablamos, en realidad, pero no hace falta, porque entendemos todo. Él tiene una novia que se llama Marita.

Les decía que nos entendemos todo sin hablar, lo que se dice un código. El otro día, por ejemplo, el sábado al mediodía, estábamos todos comiendo. Cuando digo todos, me refiero a nosotros cinco, porque Clara, como ya les dije, se casó. Todo hay que explicarlo cien veces. Bueno. Estamos todos almorzando cuando veo que Gustavo mira la hora, y me mira. Yo lo miro y entiendo todo: me está diciendo, andá despacito sin que el viejo se avive, a poner la radio. Ya está por empezar Calle Corrientes.

Me levanto como al descuido y prendo la radio, despacito.

Papá come detrás del diario, apurado como siempre, a pesar de que no tiene ningún apuro. De vez en cuando le masculla a mamá cosas en idish con la boca llena. Como para entender. Pero ella parece que le entiende. Ellos también tienen un código.

—¡Uy, Calle Corrientes! A ver, poné más fuerte...

Otra vez la estúpida lo arruina todo. La estúpida quién va a ser sino Raquel, que está fuera de todos los códigos y siempre lo está arruinando todo.

¿Por qué digo que lo arruina todo? Fíjense en lo que pasa ahora.

Mi papá levanta una oreja por encima del diario y dice, a ver che, ¿no está la hora idishe ahora?

Claro, papá, claro que está la hora idishe ahora, y a todos nos encanta escuchar la hora idishe. Nos morimos por escuchar la hora idishe.

Entonces voy y cambio y todos nos tenemos que

ÍNDICE

FÉIGUELE	7
LA SIESTA	63
LA TETA	71
EL ABORTO	77
UN POCO DE PAZ	85
UN BALLET DE BAILARINAS	95
LISA	109